

EL ECO DE LAS VOCES

Antología de obras premiadas en el
Concurso de Relatos Breves para la
Eliminación de la Violencia contra las
Mujeres (2021)

EDICIÓN Y CORRECCIÓN:

Denise Ocampo

JURADO (POR ORDEN ALFABÉTICO):

Dazra Novak, Elaine Vilar Madruga, Giulia Signori,
Julio César González Pagés, Silvia Fuligni, Teresa Cárdenas Angulo.

DISEÑO E ILUSTRACIONES:

Aldebarán Studio (Annelis Noriega y Adriana Herrera)

Esta publicación y el Concurso de Relatos Breves por la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres contaron con el apoyo de la Unión Europea (UE), sus Estados miembros en Cuba, el grupo de género de la UE y EUNIC en Cuba, a través del proyecto CLIC Cuba-Europa. Su contenido es responsabilidad exclusiva de quienes firman los relatos y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UE.

Un proyecto de:



Índice

- 04/** Prólogo a relatos 25N/ Isabel Brilhante Pedrosa
- 05/** Literatura para sanar/ Dazra Novak
- 08/** África queda muy lejos/ Sofía Miragaya Bacallao
- 12/** Colmillos y monstruos/ María Alejandra Santovenia Sardón
- 17/** Castillo de naipes/ Claude Noguerras
- 21/** Domingo/ Leslie Salgado Arzuaga
- 25/** El afecto de los tíos/ Denisse Hernández Díaz
- 28/** Revolución monosilábica/ Luis Carlos Espinosa Núñez
- 32/** Voces/ Carlos Alberto Pérez Triana
- 37/** De niños y muñecas/ Javier Rabeiro Fragela
- 42/** Monitoras/ Liset Reyes Aldereguía
- 46/** Anónima/ Armando Antonio Ochoa Pérez
- 49/** Autorías
- 51/** Del jurado

PRÓLOGO A RELATOS 25N

Isabel Brilhante Pedrosa

Embajadora de la Unión Europea en Cuba

La violencia contra niñas y mujeres tiene lugar a cada minuto y se descubre en una infinidad de rostros y apariencias. A día de hoy, y a pesar de nuestras acciones para erradicar la discriminación y la violencia de género, el mundo no es aún seguro para ellas. Por ello, nos vemos constantemente decididas a buscar herramientas de identificación, generar alternativas, ocupar nuevos espacios, romper con techos impuestos... y nos encontramos, entonces, con el arte de la palabra, del análisis y la creación.

La escritora portuguesa Lídia Jorge afirmó que “los escritores son seres de libertad y de liberación de los demás”. La literatura se alza como una especie de salvavidas que nos acerca, no solo a la realidad de lo que somos y vivimos como mujeres, sino que nos aproxima también a aquello en lo que nos queremos convertir, a todo aquello que queremos alcanzar. Mientras avanzamos firmes en nuestro compromiso de poner fin a la violencia contra las mujeres y las niñas, la palabra nos ayuda, enseña, arroja y visibiliza.

Gracias a todas las mujeres que, sorteando obstáculos, hacen de la escritura un espejo y un altavoz. Y gracias, por supuesto, a todas las personas que han formado parte de este proyecto, por compartir con nosotras su talento, dando vida a estos relatos que resultan extraordinarios y, a su vez, familiares.

La Delegación de la Unión Europea en Cuba apoya mediante esta iniciativa escritos que abordan la violencia ejercida contra mujeres y niñas, para que el arte de la creación literaria se convierta en una herramienta poderosa para el empoderamiento.

LITERATURA PARA SANAR

Dazra Novak

*Si quieres cambiar el mundo,
cámbiate a ti mismo.*
Mahatma Gandhi

¿Sirve la literatura para sanar? ¿Sirve el arte para educar? ¿Puede la ficción devolvernos al estado ideal de nuestro ánimo después de haber vivido un evento traumático? Estas y otras interrogantes se han discutido *ad infinitum* entre artistas y, al menos, esa parte de la sociedad que busca llegar a un consenso sobre cuál es la mejor manera de vivir. Muchas personas se niegan a reconocer lo terapéutico, lo didáctico que puede llegar a ser el arte en general —tanto para el público como para quien lo concibe—. Y es que el arte se erige, sobre todo desde el punto de vista del creador o la creadora, en esa catedral de sentido que deberá construirse, en primera instancia, de camino al goce estético; en segunda instancia, hacia la reflexión y/o la emoción según corresponda al núcleo de la obra. ¿Qué nos impide, entonces, transitar con el arte hacia el camino del convencimiento? Alguien diría: la técnica, la desviación del principio motor. Y sí, puede haber algo de razón, pero siguen siendo también argumentos para no aceptar el desafío que ello representa.

Por lo general, los relatos que abordan la violencia se valen de la crudeza de los hechos para retratar escenas que dejan huellas de espanto en quien los lee y muchas veces hacen voltear la cara o la página. De todos modos, van ganando audiencia aunque a esta al final se le quede dando vueltas la pregunta: ¿qué será de la víctima? Por eso la primera edición del Concurso de Relatos Breves para la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres (2021) se propuso despertar en las y los participantes, más allá de la denuncia de estos hechos, una toma de conciencia superior: la no revictimización. Siguiendo esta voluntad, expresada claramente en las bases del certamen —convocado en el marco de la conmemoración del 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres—, es precisamente por ese camino que avanzan los textos de la siguiente compilación, seleccionados de un total de 48 que trataron de ir un poco más allá de la experiencia tremenda de sus personajes. Señalar la vida que sigue. Redireccionar los esfuerzos hacia un horizonte más constructivo. Más allá de la impresión que causó en el jurado el reconocimiento de ciertas escenas terribles, que intuimos basadas en hechos reales, es

loable admirar la voluntad de quienes han querido reparar el daño, incidir en el inconsciente colectivo a través de otras miradas, otras perspectivas. Más sanadoras. Más promisorias. Algunas —humana reacción— no exentas de venganza. Relatos como “Colmillos y monstruos” y “Monitoras” insisten en castigar al culpable. El primero, ubicado en un mundo futuro donde los sentimientos al parecer han sido extirpados pero el deseo de dañar no, las máquinas programan el castigo; el segundo, no tan lejos de nuestro tiempo al tener como vehículo del mal a las redes sociales, lo hace lucir como un accidente. Hay, en ambos casos, una sensación de que la víctima, de algún modo, al menos “igual” la partida. En otros relatos —como “África queda muy lejos”, “El afecto de los tíos” y “De niños y muñecas”—, los autores se sirven de niñas/niños-personajes, de su inocencia, para apuntar con un dedo oportuno, entre otros, la falsa distancia que nos separa de tantos hechos de violencia —provechosamente escudados en tradiciones y costumbres—; el cuidado que debemos poner al elegir la custodia de nuestras y nuestros menores para ir al trabajo u otra diligencia; los roles que les vamos sembrando como una tácita línea divisoria que luego acompañará la vida toda —rosa y azul, muñecas y pistolas—. Es la fuga, si se quiere, una de las soluciones más abordadas en los textos aquí compilados. No exentas de dolor, “Anónima”, “Domingo” y “Voces” proponen la ruta del escape para dejar atrás la zona donde se ha padecido la violencia física, en estos casos, sin necesidad de regodearse en descripción de escenas, sino trabajando la zozobra de quien las padece en carne propia. El primero, por obra y gracia del azar, el segundo y el tercero, de forma planificada. Fuga al fin, también está presente, aunque más bien de un modo “simbólico” pues nos llega a través de la toma de conciencia, en “Castillo de naipes” y “Revolución monosilábica”. Los personajes protagonistas, ambas mujeres, acompañadas por la hija en el primer caso y por la propia voz interior en el segundo, llegan a una suerte de “liberación interior”. El primer paso, sin dudas, para desatar el gran y solapado nudo de la violencia doméstica.

Diez relatos breves. Diez historias que señalan algunas zonas de dolor, entre las tantas que hay, y nos hacen reflexionar sobre causas y consecuencias. Estos relatos son la muestra de que la socialización, a través de la literatura, de tan terribles experiencias, es también una vía para la reparación colectiva. Reparación que, como bien dice Mahatma Gandhi, deberá empezar por mí, por ti.



África queda muy lejos

Sofía Miragaya Bacallao

A Liliana siempre le han dicho que es una niña curiosa, demasiado curiosa, quizás, según sus maestras. No puede ver una cosa y no preguntar el porqué. ¿Por qué llueve, papá? ¿Cómo vuelan los pájaros si son más pequeños que los aviones, profe? Mamá, ¿cuánta gente vive en el cielo?

Le fascinan la naturaleza, la ciencia, la historia; quiere saber qué esconden las frases más comunes. Por eso cuando se sentó ese día ante el televisor y el canal no era el de siempre, y encontró un extraño documental sobre la vida de las mujeres en África, no fue corriendo para avisar a mamá. Al contrario, se sentó y abrió bien los ojos.

Hay mucha tierra sin plantas en África, se extiende por kilómetros y uno no sabe dónde empieza o termina el terreno. Desde arriba, en una toma de helicóptero, parece una gran mancha marrón, salpicada aquí y allá por casas de madera, palos y piedras. Las casas también parecen ser de tierra, igual que los niños, que corren de un lado a otro jugando fútbol con una pelota inventada a base de ropa vieja y sogas.

Los niños en cualquier lugar regresan a casa sucios, piensa Liliana y sonríe. Los niños en cualquier lugar juegan y se caen y son niños, no importa cuán carmelitas sean los pulóveres y pantalones que usen. Las niñas saltan suiza, igual que sus amigas. Una incluso tiene una blusa con su animado preferido, sobre una astronauta.

La música del documental cambia de repente, ya no es aquella alegre de saltos y juegos. Un violín triste consume todo, absorbe la alegría en grandes cantidades y nos lleva a donde los niños duermen sobre el suelo y nos lleva a donde cargan grandes cubos de agua lejos de casa y nos lleva a las escuelas vacías donde las pizarras no han recibido el abrazo de tizas hace meses, quizás años.

Liliana pudiera irse, pero no quiere porque la amiga de la blusa de la astronauta vuelve a aparecer. Se llama Amara y tiene once años, el pelo rizado recogido en dos trenzas largas. Es demasiado pequeña para tener la misma edad de Liliana, demasiado encogida. Amara no va a la escuela ni sale mucho de casa. Amara no tiene amigos, pero tiene una ventana y también se pregunta mirando al cielo por qué llueve, pero a ella nadie le responde.

Amara, yo te explico, ven, siéntate a mi lado, dice bajito Liliana. Cuando hay mucho calor el agua de los ríos, mares y océanos se vuelve transparente y sube como el humo de las chimeneas hasta el cielo. Allí crece y cuando las nubes ya no pueden sostener más gotas, por muy fuertes que sean, las dejan caer al suelo y llueve. No es tan difícil de entender, ¿verdad?

Dicen que Amara no puede salir de casa porque sus padres temen una violación. Palabra grande y fea esa, violación. ¿Qué es una violación, papá? Los números nunca mienten, le dijo papá, que trabaja con números. Los números dicen que en África esa palabra grande y fea ocurre demasiado seguido, demasiado pronto.

Amara se casará la semana que viene, dicen luego, y Liliana no entiende nada. ¿No se casan las personas mayores que se quieren mucho? Eso dice mamá. Desde ahora dejará de darle la mano a Pedro en el aula, no vaya a ser que le pida matrimonio. Pero no, Amara no se casa con un niño como Pedro, se casa con un hombre. Y ese hombre le dará dinero a la familia de Amara y no hay amor en sus ojos, solo seriedad, mientras mira a la niña. Cuando se case, tendrá que ser mayor, tendrá que cocinar, limpiar, tener niños.

El documental termina, el televisor se apaga y Liliana regresa a la sala de su casa. Mamá no sabe por qué mira al suelo así ni quiere salir a jugar. Cuando le cuenta de su amiga con la blusa de astronauta, mamá le dice que sí, es verdad, eso pasa, pero en África, y África queda muy lejos.

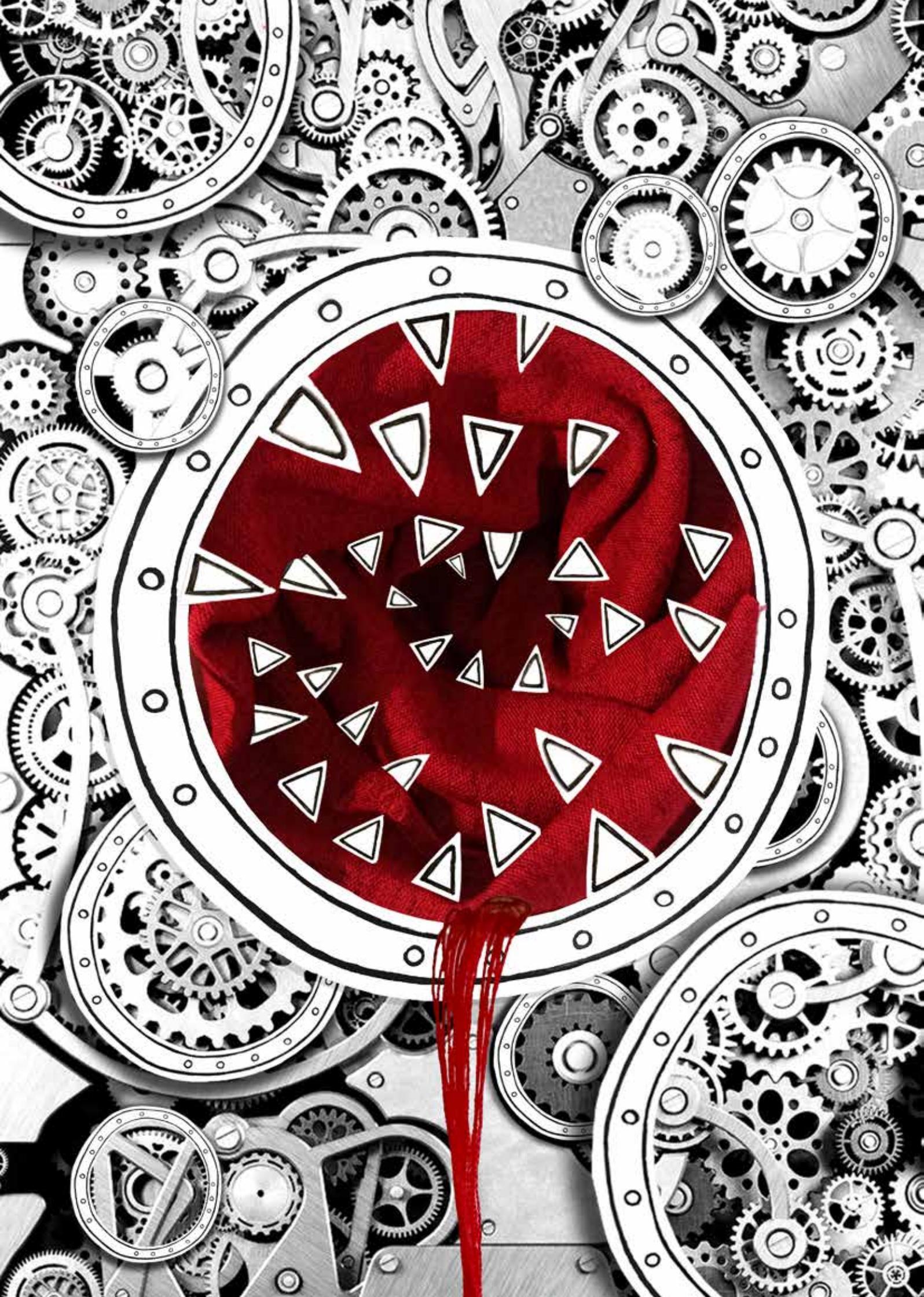
Pero ya no hay vuelta atrás, Liliana es una niña curiosa y ve a África en todas partes. En los niños que no la dejan jugar a la pelota y le dicen que vaya con sus muñecas; en el director de la escuela, que saluda con un abrazo demasiado cariñoso a su nueva profesora; en el hombre que vio perseguir a una muchacha por cuerdas enteras, diciéndole cosas que ahora no quiere repetir.

Una semana después, los vecinos discuten y los gritos se oyen en el cuarto de Liliana, platos cayendo al suelo y un puño que golpea una pared. ¿Una pared? Eso dice mamá, que ha sido una pared, mientras

se la lleva de la mano al parque más cercano a jugar y a tomar helado. Papá se queda, alguien tiene que llamar a la policía e ir a la casa de al lado a pedir azúcar, a hacer tiempo hasta que lleguen las sirenas.

Mamá y Liliana se sientan en un columpio. Ni el gorrión más alegre podría romper el silencio que se expande, las palabras que no aparecen. Mamá, dice al final Liliana, mamá, ¿a cuántos kilómetros queda África? Mamá lo busca en el teléfono y le dice que son unos ocho mil kilómetros. ¿Eso es muy lejos, mamá? Sí, Liliana. ¿Y por qué parece tan cerca?

Mamá la abraza, se siente culpable de no vigilar más a su hija, de no controlar lo que ve y deja de ver, pero el mundo entero no se puede esconder. Lily, toda la gente mala no vive en África, ni toda la gente buena vive aquí, le dice. Tu papá y yo somos de los buenos, en nosotros puedes confiar. ¿Y los que no tengan gente buena cerca, mamá? No sé... ocho mil kilómetros, piensa Liliana, ocho mil kilómetros y muchos años la separan de ayudar a niñas con pulóveres de astronautas.



Colmillos y monstruos

María Alejandra Santovenia Sardón

Mi brazo izquierdo cae, rueda por el suelo y le doy una patada sin intención. Maldigo. Las máquinas en derredor me observan como si yo fuera un espectáculo.

—¿Qué miran? —les grito mientras lo recojo—. ¿A ustedes nunca se les ha caído un brazo?

Nadie habla y, por supuesto, no espero ningún comentario. Sin embargo, dejan de mirar mi patético intento de recoger el brazo. La respuesta la conozco, en la zona rica de esta ciudad de máquinas, ninguno de los habitantes tiene problemas con sus piezas. Todos pueden pagar las partes más refinadas y de alta calidad que las compañías pueden ofrecer. La *basura electrónica*, como nos suelen llamar, remendamos las piezas rotas con cualquier desperdicio de cualquier proveedor, muchos de estos ya eliminados del sistema de Propiedad Empresarial y Rastreo, lo que la mayoría de las veces es una ventaja.

La ilusión de la libertad

Ni siquiera me molesto en colocar el brazo en su sitio otra vez, volverá a caerse. Lo llevo en la mano derecha y oscila con cada paso. El cableado del muñón permanece expuesto. Se siente un poco raro caminar con las *entrañas* al aire, con una herida abierta. Me da la impresión de que, de un momento a otro, alguien se detendrá y pedirá mirar. Como un *voyeur* de piezas electrónicas, de los que se excitan al desarmar y unir máquinas, al sacar piezas y acariciar cables.

Al llegar a mi distrito, luego de descender del tranvía, me aseguro de tener más cuidado. Los tonos se oscurecen, el ambiente se hace pesado, marrón. Camino como estoy acostumbrada, con todos los sensores al máximo de sensibilidad, el visor detrás de la nuca, activado. La navaja de pulso eléctrico descansa escondida entre mis ropajes.

Una estocada en la base del cuello y se cortan las conexiones de las extremidades al cerebro, tiempo de sobra para escapar. Algunas máquinas creen que el sexo conmigo es gratis.

Las callejuelas se vuelven más estrechas a medida que me acerco al lugar donde vivo. La iluminación se hace más pobre, pues las casas y edificios están amontonados uno sobre el otro y apenas dejan entrar la luz artificial. La mayoría de las bombillas emite un resplandor bastante tenue. Bajo una serie de escaleras y continúo por un pasaje subterráneo.

El túnel es iluminado por carteles de neón en las puertas de varios negocios, lo que le da un aspecto maravilloso dentro de la mierda en la que cohabitamos. Los borrachos a las salidas de los bares me miran, los inconscientes en el suelo no pueden. Agarro el brazo con más fuerza y pienso en la ubicación del cuchillo. Si bien en la zona rica me observaban por ser un fenómeno, aquí lo hacen para desarmar mi cuerpo, volverme el objeto de goce de algún vicioso y luego venderme por piezas al mejor postor. Intento mantener una expresión seria mientras atravieso la tupida jungla.

Giro a la derecha y me detengo tres puertas después. Doy varios golpes, con firmeza.

—¿Qué demonios te pasó? —pregunta Zeta al abrir la puerta—. Y por qué no abres, si tienes una llave.

—Un maldito bastardo humano es lo que me pasó —digo entrando en el local—. La llave la dejé aquí.

Ella es una androide como yo, pero a diferencia de mí, que fui creada para satisfacer los placeres sexuales, Zeta lo fue para las tareas domésticas. Su cuerpo no es tan alto y esbelto como el mío, sus curvas son menos pronunciadas, su rostro más estándar. Por fortuna, ya no se dedica a eso, pues era bastante horrible en el trabajo.

El cuarto es una antigua recepción de un centro de reparaciones de androides, de cuando la ciudad de máquinas rebosaba de esplendor. Ahora lo sigue siendo, solo que opera oculto de la ley, con piezas robadas y pirateadas del sistema.

Piezas libres

El taller se extiende varias habitaciones hacia atrás y hacia los lados. Algunas están llenas de fragmentos de seres, otras sirven como lugar de descanso para Zeta, para los otros trabajadores, para mí.

—Todo iba bien —continué la historia—. Empezamos a tener sexo y me puso a gatas sobre la cama. Seguimos un rato hasta que, de la nada, me cogió por los brazos para acercarme hacia él y empezó a moverse más rápido —agito la pieza suelta en el aire—. Ni siquiera pude decirle *para, por favor, me vas a desprender un brazo*.

Presiono mi extremidad contra el pecho de Zeta, metal choca contra metal.

Rompemos a reír, pues hace varios años nos deshicimos de los conductos lagrimales y no podemos llorar.

—Lo mejor de todo es que, después de que mi brazo se cayera, su pene también lo hizo. Aparentemente perdió la concentración o algo. ¡Y el muy desgraciado no quiso pagarme!

Camino detrás de Zeta, con dirección al cuarto donde me deberá reparar.

—¡Eh, Nova! —me grita Volt, otro de los androides que trabaja aquí—. Deja las herramientas sobre la mesa y se levanta. En la camilla junto a él, hay desperdigadas varias piezas de un cuerpo. Volt se dedica a juntar todas las partes hasta formar un espacio habitable para un sistema de androide. Demora en construirlos, pero las pagas son siempre buenas. De dónde saca las piezas, a nadie le preocupa.

—¿Qué quieres? No estoy de humor —le enseño el orificio en mi hombro—.

Se acerca y, con cuidado, pasa sus dedos por los terminales desprendidos. Siento un ligero pulso de electricidad viajar por mi cableado.

—Yo nunca te desprendería un brazo, ni tampoco te dejaría de pagar... si sabes a lo que me refiero.

—Actuaré como que no.

Volt se ríe y regresa a su trabajo. Como la mayoría de la basura electrónica, su cuerpo está formado por remiendos de piezas de un montón de orígenes. Sin embargo, yo me preocupo por la belleza del mío, por su simetría, su lógica. He aprendido a ser presumida a causa de los malditos humanos.

Entramos a la estancia en cuestión. Me siento en la camilla y Zeta coloca el brazo en la mesa y comienza a buscar herramientas.

—Por favor, ponme el brazo de vuelta para ir a buscar a ese bastardo y estrangularlo.

Me recuesto y relajo mis extremidades. Zeta termina de traer un montón de trastes que no conozco ni preciso conocer. Se sienta en un taburete y rueda hacia mí. Lleva puestas unas gafas de plexiglás y me entrega otras. Toma dos artefactos y los lleva hasta la herida, pero se detiene.

—¿Sabes qué? Tengo una mejor idea de venganza que un simple estrangulamiento.



Camino otra vez por la zona rica de la ciudad de máquinas. Ya nadie me mira por la ausencia del brazo. Lo hacen porque no pertenezco aquí. Continúo hasta llegar a un motel no muy lujoso. El humano me espera en la habitación. Ni siquiera se molesta en pedirme disculpas. ¿Qué piensa que soy? ¿Una muñeca que la arman y desarman a conveniencia? Los deseos de estrangularlo son más fuertes que nunca, pero resisto.

Luego de varias copas de un vino, del que yo no tomo, comienza el ritual para el que fui programada. Sin embargo, con el paso de los años, me he alejado de esa programación primitiva de *dejarme hacer*. Yo misma me despojo de la ropa y lo espero en la cama. Se acerca y comienza a darme besos en la boca, cuello, pechos, pero desactivé todo vestigio de sensación. Varias caricias después, pasa las manos por mis muslos y abre mis piernas.

Me recuerdo con las piernas abiertas en frente de Zeta, después de la reparación del brazo. Hizo del sitio para el placer, uno de horror, de colmillos y monstruos.

Él me penetra. No siento nada, pero mi *software* me avisa de algo que entra en mi cavidad. Lo dejo moverse, lo dejo confiar en que el éxtasis está cerca, casi palpable. Cuando amenaza con dejarse caer, activo el sensor y el grito del humano se escucha más allá de la zona rica de la ciudad de máquinas.



Castillo de naipes

Claude Noguerras

Desde que tengo memoria habito el castillo de naipes. Mi madre, la reina, cuenta que en algún momento fue el proyecto de un rascacielos, pero mis pies nunca palparon aquella tierra firme de la que tanto habla. Al castillo lo azotan terremotos de las más variadas magnitudes dentro de la escala de Richter. Esa es la maldición que enfrenta nuestro reino, la que deberá romperse con un beso de amor verdadero.

—Sé de esa clase de besos —explica la reina mientras limpia, cocina, lava, todo a la vez—. Sé de esa clase de besos. Son besos que solo un príncipe azul puede dar. Es la forma más pura de asegurar los cimientos. Una más delicada, poderosa, complementaria, una que contiene la savia de la vida.

A mis catorce años aún no entiendo de besos, sino de horas de estudio. Entiendo, además, de saltos en el estómago porque el rey llegará en un abrir y cerrar de ojos y encontrará el palacio sucio, el almuerzo a medias y su ropa sin lavar. Intento ayudar a la reina y evitar el desastre, el caos que se desata tras el terremoto. Deslizo la frazada por las losas ásperas, escojo el arroz, enjuago algo de ropa. Ella se da cuenta y me reprende. ¿Qué hago que no estoy estudiando?

—¿Qué haces? ¡Suelta eso! —grita como si hubiese cometido un grave error y señala mi sitio en la mesa, donde se acumulan las hojas de “mis únicas preocupaciones”: Aritmética, Lengua, Ciencias Naturales, Cívica... Despliega su clásica retórica:

—¡Estudia! Para eso el rey trabaja. Para eso yo te cuido...

—Para eso el castillo soporta los terremotos —susurro y mis pensamientos fingen sumergirse en la Figura 5. “Fallas geológicas”, del libro de texto de Ciencias—.

—Cuando los príncipes se convierten en reyes y su reinado se torna añoso, es muy fácil —dice— es normal que se destiñan un poco. Lo mismo sucede con las princesas, se convierten en reinas y la belleza se les pone vieja. Él fue mi príncipe azul, siempre mi príncipe azul, pero a veces lo olvida. Yo fui su princesa, siempre su princesa, pero a veces lo olvido. Hubo momentos felices, de ensueño —exprime, sazona, sus manos se sumergen en la mezcla de agua y espuma—. Esos momentos nunca se pierden. Hay que despertarlos.

La reina habla de belleza como si hablara de un vestido que ya no le queda. Habla de grietas y estrías y de los tantos litros de agua que debo tomar, de los kilos de crema que debiera comenzar a untarme para no acabar como ella: vieja, marcada, despreciada por el rey, cuyo repertorio de jugarretas la han convertido en una mujer que aborrece los espejos. Los he visto jugar a las siete diferencias. Ella se prueba ropa, le pregunta cuánto le suma. Él responde cuánto le resta. Señala las masas que le sobran a su cuerpo, las líneas que la han transformado en una mujer diferente a la princesa que alguna vez lo enamoró. Diserta acerca de sus uñas con pintura descascarada, sus canas sin cubrir, sus pechos caídos. Ella acaba por enterrar la ropa en el fondo del armario y recurre a las mismas prendas oscuras de siempre para disimular los defectos.

—La belleza es tan importante para retener a un rey que, cuando se pierde, una corre el riesgo de tener que suplir la falta de encanto con trabajo doméstico. Solo las princesas estudiosas pueden darse el lujo de preocuparse menos por su talla —me besa en la frente y continúa su faena—.

—¿Y las reinas trabajadoras? —le pregunto—. ¿Es muy tarde para ellas? Me mira con sorpresa y no responde.

El reloj marca las tres de la tarde. Cada treinta segundos la reina y yo lo observamos y deseamos con todas nuestras fuerzas que se detenga el tiempo. El sonido de una llave en el cerrojo de la puerta principal nos alerta.

—Ve para tu habitación. Estudia allí —ordena—.

Recojo mis libros y, de camino a mi cuarto, me cruzo con el rey y su panza de cuarentón. Yo también podría señalar las siete diferencias que lo distinguen del príncipe que alguna vez fue. Empezaría por los largos pelos de su nariz y mi *check-list* se extendería desde las piedras callosas de sus manos hasta el olor fétido y los uñeros de sus pies. No dice ni hace nada, excepto acariciar mis cabellos y seguir de largo hacia la cocina. Adivino sus movimientos. Lo imagino sentado a la

mesa, en espera de su plato, con la boca abierta como un pichón de paloma. Recuerdo entonces que el piso aún no está seco, los frijoles tardaron en ablandarse más de lo previsto y las montañas de ropa por tender están en el patio.

Registro sismos leves en las paredes de naipes. Se tornan cíclicos, burlan mis predicciones. Cuando pienso que se estarán quietas de una vez por todas, estalla una sacudida de mayor magnitud. El rey parece haber estampado algún plato o un vaso contra las barajas. La reina siente cómo se le rompe el corazón, se le encajan las picas en la piel, se resquebrajan los tréboles de su suerte y se parten los rombos de fotos familiares. Los manotazos en la mesa, los pisotones en el suelo y el eco de las voces han conformado las fallas geológicas, las fracturas que hoy amenazan el proyecto de rascacielos y se tragan toda esperanza de hacerlo realidad. El rey alega que está cansado y nos deja. Se irá a un nuevo palacio habitado por una princesa más joven que lo llama “mi príncipe”. La reina intenta despertar sus recuerdos de ensueño, de sus felices por siempre, pero es en vano. Él es el soberano y ostenta la razón. Tiene la última palabra.

No se despide. No toca a mi puerta para explicarse. Se esfuma como si su presencia en nuestro palacio no hubiese sido más que humo. El castillo ha quedado en silencio y los naipes, en blanco. Se respira mejor dentro. Esta vez las fracturas se han alineado, cohesionan. Da la impresión de que los terremotos desaparecerán o, al menos, ocurrirán de puertas hacia afuera. Es un alivio.

Escucho sollozos. Los sollozos de una reina rota. La encuentro de espaldas, de cara a los frijoles que ahora hierven y no cuajan, con el piso patinado y los montones de ropa en el mismo lugar. Hay fragmentos de cristal regados por el piso.

—¡No pases! —grita—. Cuidado no te cortes. ¿Qué será de nuestro castillo ahora?

—En nuestro castillo habitaremos las dos, una reina trabajadora y una princesa estudiosa —avanzo con cautela y planto en su mejilla mi beso de amor verdadero—.

Se lamenta y remueve los frijoles. Con la prisa de quien espera iniciar la construcción de un felices por siempre cuanto antes, me apresuro a buscar la escoba, junto los pedazos de vidrio a pesar de sus quejas y, una vez los he amontonado, adopto una pose triunfal.

—Mírame, mamá —llamo su atención—. Soy la Princesa Azul y he venido a conquistarte.



Domingo

Leslie Salgado Arzuaga

Cuando atravesamos la cerca el corazón me retumbaba como si un caballo me hubiera dado una patá en medio del pecho. Éramos puro nervio, pero ya no había marcha atrás. Desde el día de la tragedia teníamos claro cada paso de nuestro plan.

Esa tarde pasó todo junto. Mi tía Lola con su preguntadera, qué haces, guajira, leyendo tanto libro, y yo callada, hirviendo como tapia en cementerio bajo el sol de agosto. En eso Francisquito, que comienza a hacerme señas desde la cocina. Por su cara supe que algo grave había pasado contigo y corrí al patio. Al pobre muchacho no le cuajaban las palabras. Él había sido nuestro cómplice por mucho tiempo y a veces el secreto le empujaba la lengua y de tanto aguantar se le salía por los ojos. Acaba de hablar, le dije. Pero él no podía. Mariana, a Mariana se la llevan para el hospital. No lo dejé terminar, salí disparada y detrás de mí quedó una polvareda más grande que la musaraña que se armaba en mi cabeza.

Cuando llegué te estaban montando en el yipi de Manuel. Los vecinos que miraban el espectáculo no me dejaron pasar, pero yo tampoco podía moverme. Sentí el calor de un par de lágrimas quemándome los labios. Todo lo que recuerdo es un dolor que me apretó el pecho y mis ganas de gritar, gritar, gritar. Pero tampoco pude. Vi tu cara ensangrentada y las piernas se me aflojaron y el mundo se me vino encima. Ese día comenzó a correr el plan para romper la prisión. En el pueblo no había secretos. Bueno, casi no había secretos. Supe que aquella golpiza te había dejado sin conocimiento y unos vidrios de la vitrina rota se te habían clavado en la cara. A duras penas lograste salir. Cuando llegaste al portalito te desplomaste y Fefa salió de atrás de su puerta corriendo a salvarte de algo peor.

Ese día, más temprano, una pareja de la iglesia había venido de la ciudad. ¿Recibirías la palabra de Dios?, te preguntó la mujer que había traspasado la cerca. Cuando Fefa la vio asomarse a tu ventana tembló

de arriba a abajo y avizó un nubarrón rompiendo sobre tu cabeza. Después de todo son de la iglesia, ¿qué malo podría pasar? Y abriste la puerta.

La mujer se sentó frente a ti, al lado de la vitrina de tu madre, y el hombre, a tu lado. Ella te preguntó por la escuela y tú tragaste en seco. Mientras buscabas una respuesta en tu cabeza, recorriste aquel mueble con la mirada. El brillo de los vasos hablaba de tu dedicación por ese rincón de la casa, como si quisieras ver a tu mamá sonreír desde la distancia. Me gusta más trabajar aquí, le dijiste, y garabateaste algo parecido a una sonrisa.

Él abrió la Biblia. Te hablaron de un tal Corintios y aquello del amor te hizo volar, ya no escuchaste nada más. Tu cara se iluminó y desembarcaste en nuestro último encuentro, cerca del río. Los tres se rieron y hablaron de la belleza y de la vida. De pronto sentiste que eras feliz. Muy feliz.

Cuando Fefa vio acercarse al maldito no tuvo ninguna duda de que aquel día terminaba en tragedia. Como de costumbre, él recostó la bicicleta en la cerca y, como casi siempre, una espina de buganvilia se le enredó en el pantalón. Murmuró una blasfemia y escuchó la risa de dos mujeres y un hombre. Se paró en el umbral y la piel se te erizó, como en una premonición de lo que venía. La pareja de la iglesia dijo buenas, pero él no respondió. No hizo falta decir nada más. Ellos salieron de prisa. Que Dios te bendiga. Y en la carrera casi chocan con Fefa, que los esperaba al borde del camino con los ojos blancos como un coco. Tienen que ayudarla, dijo. Pero ya ni Dios te podía ayudar. No aquel día.

Lo demás ya se sabe. Tu cara llena de sangre y mi determinación a que saliéramos juntas del infierno. Nadie, ni Francisquito, ni Fefa, ni el recuerdo de tu madre lograron convencerte de que hicieras la denuncia ante la policía del hospital. Pude visitarte y, sentadas sobre la cama de emergencias, armamos el plan. La clave sería que el maldito no despertara y, sobre todo, que no te venciera el miedo.

Fefa le había contado todo a la pareja de la iglesia. Las golpizas, la escuela forzosamente abandonada, el encierro, las violaciones. La mujer lloró en silencio mientras regresaban a la ciudad. Biblia en mano, oró en su mente con la fe de que un milagro te salvara. Pero el milagro lo haríamos juntas y estaba en camino.

Dos semanas después, tú y yo salíamos para siempre del caserío. Todavía te dolían las heridas. A ti y a mí, cada vez que te besaba. Como planeamos, usaste una camisa de mangas largas para no despertar

sospechas. Con la oscuridad, nadie te iba a reconocer, pero nunca se sabía. Cuando llegamos al entronque, Manuel y su yipi nos estaban esperando. Una lucecita parpadeó en la esquina y el corazón me volvió a retumbar.

Mientras avanzábamos por la carretera, otros pueblitos como el nuestro se iban quedando atrás. Uno tras otro. Como un montón de reflejos tenues, caseríos donde habría otras tú, otras yo, otras nosotras. Mientras nos alejábamos para siempre de aquella prisión, tu padre dormía la borrachera del domingo.



El afecto de los tíos

Denisse Hernández Díaz

I

Interior. Noche. Casa de los tíos. Mamá te deja con los tíos porque la escuela recesa y ella tiene que trabajar. Te aburres el fin de semana; mamá trabaja también el sábado y el domingo, no en su oficina sino en la casa. En la casa el trabajo no se acaba, eso dice mamá, y no tiene fuerzas para llevarte a pasear los domingos. Los tíos están jubilados, pero son saludables y se ponen muy contentos de poderte cuidar. La tía prepara dulces. El tío te ha comprado un juego de ajedrez.

Interior. Día. Casa de los tíos. La tía tiene que salir porque se han acabado la malanga y la carne. Dice que regresa pronto. El tío te pregunta si quieres aprender el ajedrez. Es el juego ciencia, te dice. Te pregunta también si quieres dulce de leche, antes de que llegue la tía, ella siempre quiere guardar el postre para después del almuerzo. Te comes el dulce de leche y te sientas en el patio con el tío.

Él te explica los nombres de cada una de las piezas. Te dice que te fijas en cómo el tablero se parece al piso de la casa, sobre todo al piso de los cuartos, cuyas losas son blancas y negras como el tablero. La verdad tú no te has fijado en eso. El tío te dice que cómo es posible, que subas con él, te va a mostrar el piso de su cuarto, es el primero a la derecha en la segunda planta de la casa. En ese momento llega la tía y el tío se pone eufórico de alegría, y te dice que en otro momento te enseña el piso-tablero.

II

Interior. Tarde. Casa de los tíos. La tía se duerme después de almorzar. A ti no te gusta dormir la siesta y te quedas en la sala, jugando con tus muñecas. Juegas a la escuelita, los libros del estante de la tía son las libretas de tus alumnas. Te asustas porque descubres al tío parado en el pasillo, observándote. El tío sonrío y te pregunta si quieres tomar helado. Lo sigues a la cocina.

El tío, que siempre es muy cariñoso, te pide que lo abrases y le des un beso de agradecimiento por el helado. Qué niña más linda y obediente, te dice. Te cuenta que está triste, que se encuentra un poco enfermo. Te pregunta si acaso tú, tan buena sobrina, lo podrás ayudar a sanar. Le dices que sí pero no sabes cómo. El tío te explica poco a poco, con la dulzura que lo caracteriza. Es extraño todo... pero el tío es bueno, cómo no lo vas a ayudar. Lo ayudas y el tío de repente se siente mejor, y te pide que no le digas nada a la tía ni a tu mamá para no preocuparlas.

El tío te pide que lo ayudes muchas veces a sanar su padecimiento. El pobre, qué enfermo está en estos meses de verano... No tienes deseos, pero te da vergüenza decirle que no. Te compra dulces y juguetes porque te portas muy bien y eres discreta, no agitas a la tía ni a mamá con este asunto sin importancia. Los tíos son tiernos, pero no sabes si el próximo año querrás pasar las vacaciones de nuevo en su casa.

III

Exterior. Día. Calle. Caminas por la acera, apuras el paso todo lo que puedes. Si tu esposo te hubiera avisado antes, no habría necesidad de esto, pero te lo dijo después. Qué torpe no decirte antes. Una moto casi te arrolla, el chofer te dice oprobios, pero el susto solo te sirve para avanzar con paso firme.

Llegas al edificio, subes la escalera, tocas a la puerta. La puerta se abre. Tu hija de seis años está sentada en la sala, viendo una película animada en el televisor. Gracias, me la llevo, no sé por qué el padre la trajo, si yo termino de trabajar a las cuatro y la puedo recoger en la escuela, les explicas amablemente. Son los tíos de tu esposo, son saludables y se ponen contentos de poder cuidar a tu hija.

Pero ya tienes treinta y seis años y, la verdad, hace mucho que no confías en el afecto de los tíos.



Revolución monosilábica

Luis Carlos Espinosa Núñez

No tengo la culpa de nada. Ni he pecado ni he dejado de pecar ni tiene algo que ver el karma. No son la noche ni las luces de la noche sino las sombras. La maldita Sombra nocturna. Esa que persuade las barreras de las persianas y se cuelga en el salón de casa como un espectro que invade el espacio apestando a tabaco y ron casero. Me ataca una bocanada y es el humo un telón que, cuando se aparta, me da por danza dos pies enormes sobre la mesita de café exigiendo que les quiten los zapatos. Llevo toda la tarde preparando un estofado y escucho una voz grotesca, casi un rugido, que grita mi nombre desde una barriga ingente con boca y dientes y todo, pidiéndome comida. Es tu deber alimentar la Sombra —me dicen de aquel espanto que amenaza con clausurar las puertas de mi propia casa—. Asoman dos manos hurañas a señalarme con el índice y me agarran por la blusa y me arrastran hasta el cuarto y me lanzan en la cama. Me cerca la negrura de la sombra y ya no veo nada, pareciese que la ropa salta a pedazos, intento resistir y me descubro inmóvil.

¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? No puedo verme otra vez desnuda y llorando hasta el hipo. Corro hacia el baño y me encierro con mil pestillos, miro al espejo y lo que veo es un cuadro de otra mujer que no soy yo ni se parece. Ese rostro marchito, ocupado por marcas de golpes y ya surcado en la tez por la corrida del río de lágrimas, no soy. Ese cabello canoso y desgredado que advierte abandono no es el mío. Froto impaciente el espejo intentando borrar el esbozo de aquella mujer extraña, casi lo logro, restriego un poco más, con mayor fuerza, necesito la magia, la luz. Caigo al suelo como un ensañamiento personal de la gravedad y me ataca la locura o la cordura, ya no sé identificar.

Entonces pienso, si no es que una figura expatria me obliga a pensar, aquella palabra que puede darme la protección que necesito y que, de igual manera, tiene una decena de sinónimos: prohibición, censura, protesta, rechazo, negación; me niego a verme otra vez desnuda

llorando hasta el hipo, pero el mío es un vocablo al fin mucho más sencillo: ¡NO! Con el primer grito se interrumpen los ronquidos de la Sombra al otro lado de la puerta. Destrabo los mil pestillos y repito: ¡NO! O se disipa la Sombra o desaparezco yo, no cabemos los dos en esta casa. Insisto una y otra y otra vez, cada una más impetuosa y como si hubiese enunciado un hechizo la casa toda se ilumina y la negrura huye por las rendijas de la puerta y las ventanas y cuanto agujero le permita salir desesperada. Miro al espejo y ahora sí me devuelve la ilustración hermosa de mis labios y mis ojos y mi pelo.

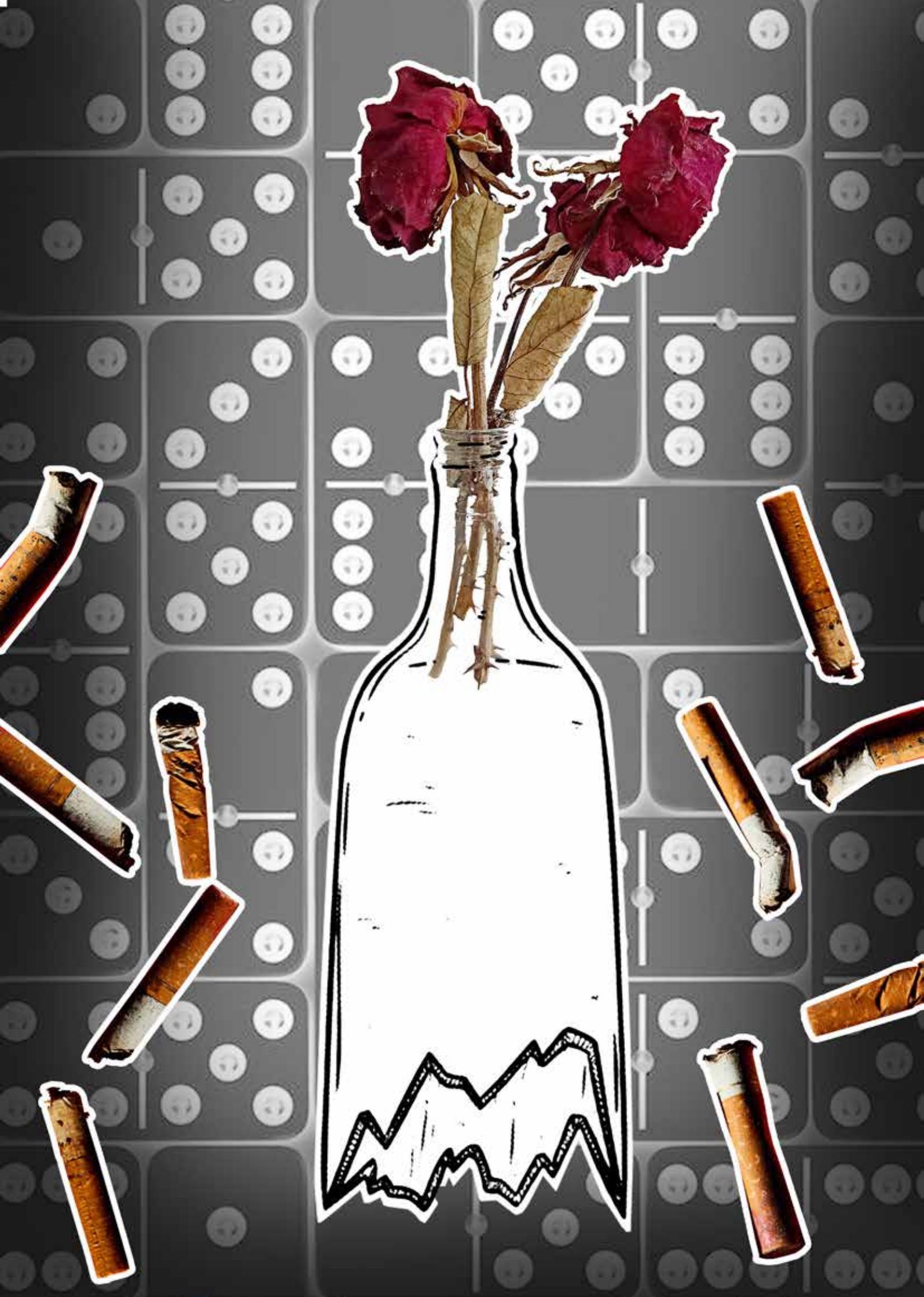
Los vecinos me observan extrañados, atónitos, supongo, por la fosforescencia de la casa y el brillo casi cegador que se desprende al respirar desde el fondo de mi estómago. ¿Qué va a ser de ti ahora sin la Sombra? ¿De qué vas a vivir? —me preguntan—. ¿Qué sería de mí si no fuera por mí? —les respondo—. Viviré de la vida misma y de mi trabajo y de mis esfuerzos y de ser yo, que no lo soy desde que la Sombra pidió mi mano a mi padre y no se conformó y acabó por consumirme toda. No necesito una nube que llueva a su antojo sobre mi cabeza magullando la independencia de respirar mi propio oxígeno y el de otros, siempre que lo decida cuando irradian también su luz.

Los maridos ahora esconden a sus esposas cuando paso, o les cubren los ojos con las manos o les ordenan que no me miren o alguna otra tontería de ese tipo. Temen, presumo, al contagio, a la ruptura de los contratos medievales que rigen sus hogares. Me llaman feminista, amoral, bruja, y me observan como juzgando y condenándome a la pira.

Las mujeres ahora ven en la Sombra una figura invasora, cada vez se escucha con más frecuencia el grito que iluminó la casa toda y mi cuerpo. Así dicen NO a los silbidos en la calle y las palabras que protegen la tradición arcaica del piropo. Dicen NO a las etiquetas “desvergonzada”, “impúdica”, “viciosa”, si disfrutaban del “amor libre”, como si hubiera otra forma de disfrutarlo que en libertad. Ahora a veces se escucha a lo lejos en alguna casa a una mujer clamar NO a la obediencia, al silencio, a ser la madre mecánica consagrada a la limpieza, al hogar, a la cocina, al padre ausente.

Entre tanto, el barrio se ha ido encendiendo y desde las azoteas más altas se ven constelaciones de mujeres que dijeron NO, y en la propagación humana de la justicia, hombres que (des)aprendieron y hoy perciben la genialidad femenina silenciada por tanto tiempo. Nació, en una suerte de revolución monosilábica, el remedio a lo absurdo, las capacidades no tienen género, ni los logros, ni los salarios o los puestos de trabajo y la presidencia misma.

Quedan algunas sombras juzgando y condenándome a la pira. No tengo la culpa de nada. Ni he pecado ni he dejado de pecar ni tiene algo que ver el Karma. Es la luz, los cuerpos por alumbrar y la certeza de que mi brillo no es quimera sino la auténtica libertad propia y colectiva.



*Para R. M. A.
A la memoria de R. G.*

De niña me ocultaba bajo la cama, detrás de las cortinas o las puertas, mientras mamá me imaginaba en el portal jugando con las primas o las amiguitas de la escuela. Encubierta sentía el trajinar de la abuela en la cocina, el corta y clava de papá en su taller de carpintería, el chismorreo de mis hermanas, la algarabía del vecindario, en fin, el bullir de la existencia... Y yo allí, en el sitio menos probable, insospechado, testigo anónimo del acontecer mundano. De grande dejé de buscar un escondite, aunque últimamente, no sé por qué, la paso en algún rincón, quietecita, como ahora, en el baño.

—*¿Son nuevas?*

—*Sí, se las tumbé a un chamaco del barrio.*

—*¡Machooo! Tú no perdonas.*

Norberto amaneció con un paquete de barajas en las manos. Desayunó con el mazo en la mesa. Daba un mordisco al trozo de pan y miraba un naipe. Luego, lo tiraba a un lado y contemplaba el siguiente. Al terminar se levantó y vino a la cocina. Percibí su respiración muy cerca. Imaginé su lengua humedecer mi cuello. Retozar en la oreja. Sus manos sobar mis nalgas. Muslos. Acariciar mi sexo. Pero no. Roñoso lanzó las migajas de pan al fregadero. Y se fue al baño.

—*Mira esto, tú...*

—*¡Qué hembras!*

—*¡Están buenísimas!*

Aquí permaneció largo rato. Seguro se hizo una paja. Al salir, con cara de perro joricú, se echó en el sofá de la sala. Indiferente comenzó a barajar las cartas. Así malgastó media mañana. Entonces decidió salir a la calle en busca de algo para almorzar. No había qué poner en el

fogón. Regresó poco después del mediodía. Sobre la mesa de la cocina dejó una pizza.

—*Coño, qué par de tetas.*

—*¡Y tremendo culo!*

Ni la probé. Mejor se la coman los perros. Dan ganas de mandarlo pa'l carajo o pegarle un tarro. ¡Qué cansá me tiene! Lo suyo..., no sé, ¡ya olvidé cuándo empezó! Una desgracia. Igual o peor que la bebida. En ocasiones sale temprano en la mañana y no retorna hasta la noche. Otras, aparece al día siguiente. Ojeroso, sucio..., pestilente. Y no preguntes ni recrimines. Tal vez si ganara, generalmente vuelve más tusado que gallo fino. Y luego, la de mal humor, insoportable, peleona, en fin: mala hoja yo porque en la cama soy un témpano. Oírle protestar. Verle la cara de bravura. La bembita estirá. Ay, pobrecito, qué desea el nene: ¿qué se la mame?, ¿darme por el culo?...

—*Esta es mi una jevita.*

—*Jajajá. Ni en sueños.*

En esta casa siempre están tocando a la puerta. Unos para proponer algún negocio, otros a cobrar una deuda. Nunca se sabe. Con quienes conversa en la sala llegaron a jugar dominó y darse unos tragos. Son sus únicos amigos. Quien ahora presume haberse templado a una pelirroja despampanante, igual a la mujer de la carta, es Quincalla. Un negrón, largo como caña brava y un vozarrón de espanto. Se gana la vida en el trapicheo. Es un tenderete ambulante. Tengo lo que buscas, si no lo invento, vocea por las calles. Meses atrás lo detuvo la policía. Perdió la mercancía y pagó una multa. Días después vendía jabones, cuchillas de afeitar, papel sanitario y veneno para ratas. No escarmienta. Na', la vida está durísima, es su excusa. El otro es Yuly. Un lindón como galán de telenovela. Chulo de una mulatica que ligó un extranjero. Belga o noruego, ¡qué sé yo! Cuando ella regresa a Cuba gozan la papeleta. Templeta, comida, fiestas, autos rentados. Vacilón del bueno. Y finalmente, el Bolo. Una mole de grasa. Diabetes, presión, colesterol por las nubes y fuma sin parar... Óyelo toser.

—*¿Y el televisor?*

—*Lo vendí.*

—*¡Carajo, ni fútbol podemos ver!*

Ajá. Otra historia suya llevarlo a reparar. ¡Cabrón! Ya saldaremos cuentas porque acaba de llegar Rafael. Comenta que andaba cerca y decidió pasar para saludar y recoger un libro que me prestó.

—*Por mí, te los llevas todos.*

—*Solo me interesa...*

—*Búscalos por ahí. En cualquier rincón estará.*

Rafael es escritor, aunque no le gusta que lo llamen de ese modo. Ciertamente tiene varios premios y publicaciones en una revista cultural, pero considera que de ahí a literato va un gran trecho. No sé cuánto le rogué para conseguir leer sus escritos. Encontré los poemas bonitos y los cuentos muy largos. Desde entonces suele traermé un libro. Pretende cultivar y elevar mi gusto literario porque si continúo con las novelitas turcas o brasileñas de la tele... ¡Ay, Dios! ¿Qué libro vendría a buscar? Ojalá no sea el de Buesa. Son versos muy románticos. Me encantan. Norberto nunca dice frases semejantes. ¡Ni templando! Antes solía regalarme una flor, ya ni eso. Y para colmo tiene celos de Rafael. ¡Bobo! Si es tímido. Taciturno. Raro. Medio maricón, piensa Norberto. Sin embargo, cuando me mira soy una pompa de jabón a punto de estallar. Siento un cosquilleo nervioso recorrerme el cuerpo. Debe ser porque soñé con él una noche. Fue intenso. Desperté y tenía el sexo encharcado.

—*¡Bestial, macho!*

—*Esto se puso bueno.*

La tarde se anima. Rafael decidió comprar una botella de ron con tal de espantar la pasmadera de machos quesú reinante en el ambiente. Seguro la hermana que vive en Miami le envió dinero. Así subsiste, aunque es ingeniero en no sé qué. Si los dólares no llegan, vende cualquier artículo para sobrevivir hasta la próxima remesa. Norberto en una ocasión le compró un reloj a precio de baratija. Le duró poco. Lo mismo pasó con la bicicleta Mountain Bike, los tenis Puma y una cadenita de oro regalo de su difunta abuela. Todo lo perdió por el maldito juego.

—*¡Coñooooo...!*

—*Esto es candela.*

—*¡Métanle! No hay más na'.*

Beben. Y arman alboroto. Discuten de fútbol. Norberto pide calma o se van pa'l carajo. Los vecinos son de ampanga. ¡No saben la lengua que tienen! A Rafael parece darle igual Real Madrid que Barcelona. Messi o Cristiano. Permanece en silencio. Quizás tenga la mirada perdida, quién sabe dónde, buscando el verso inmejorable para un poema o el final de un cuento. Alguna vez le he visto así. Distante. Ausente. Ajeno a cuanto le rodea. A mí, que suelo contemplarlo con el rabillo del ojo.

A Norberto no le place jugar por simple diversión. La vida es una apuesta, dice. Recuerda que un socito fue de pesquería y se ahogó, pero su familia no dejó de comer pescado; Champola aquí no tenía ni dónde caerse muerto y ahora, en yate, recorre los cayos de la Florida; los cuatro quilos que aruño en el bar, en un santiamén, me los pela el vago de la esquina. Se gana o se pierde. Es la vida.

—*Apostemos un trago.*

—*Ok, sin trampas.*

Yuly gana la primera partida. La siguiente, Quincalla. El Bolo lamenta tener la garganta seca. Luego, a Norberto la suerte le sonrío sucesivamente. Ha de tener esa carita de contentura como cuando llega de madrugada y me despierta con los billetes haciéndome cosquillas en el rostro. Entonces, se desvive narrando la desplumá que dio al fulano de turno. Se pone eufórico. Cariñoso. Ansioso por templar. A veces consigo esquivar su ímpetu lujurioso, otras asumo la entrega después de semanas de autoimpuesta abstinencia. Dócil le dejo saborear hasta la última gota de placer. Se conforma con tan poco o no tiene remedio ante mi falta de entusiasmo. Al final, termina jadeante sobre mi cuerpo. Suspira satisfecho. Duerme de un tirón. Diferente si pierde.

—*¡Coño, falta una carta!*

—*El Bolo la cogió.*

—*¡Gordo pajuzo! Dame acá.*

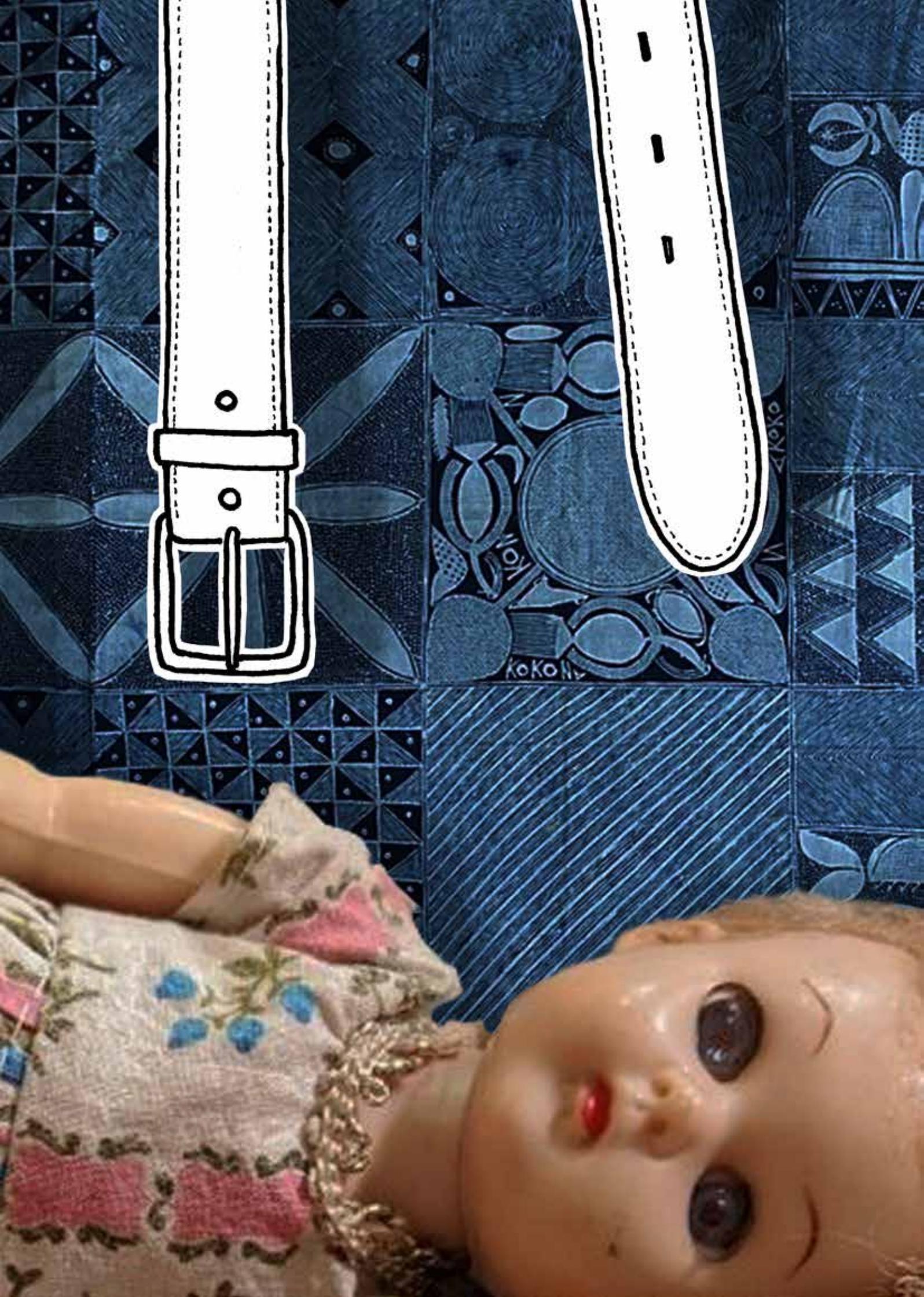
La discusión se acrecienta. Norberto no entra en razones. Si tiene dos tragos de ron en la cabeza se bestializa. ¡Ay! Algo de cristal se rompió. Ojalá no sea el búcaro regalo de mamá. Corro a la sala.

—*¡Cojones, estás loco!... Lo pinchaste.*

—*¡Se le salen los mondongos!*

—*¡Dale! Rápido..., al hospital.*

El lugar es un desastre. Muebles derribados, colillas de cigarros, salpicaduras de sangre por doquier. Y en medio de todo, Norberto, sostiene en su mano el pico de la botella rota. Finalmente lo lanza a un rincón. Sonríe. Inmaculado un naipe asoma bajo el butacón. Lo toma. Zombi pasa ante mis ojos camino al dormitorio. Sobre la cama se deja caer como árbol talado de un certero golpe de hacha. Durante un instante contempla la baraja, la coloca encima del pecho desnudo. La cubre con sus manos. Cierra los ojos. Una lágrima se desliza en su mejilla. Y no sé si alcanzo a escuchar de sus labios, en un susurro gris y lejano, mi nombre.

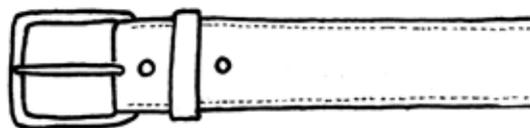


De niños y muñecas

Javier Rabeiro Fragela

La tarde que papá descubrió a mi hermano jugando con una muñeca dio un golpe en la pared y entornó la mirada, como cuando su equipo de fútbol perdía o no le gustaba la comida de mamá. Al principio creí que era porque mi hermano estaba jugando con la misma muñeca que él me regaló cinco años atrás, pero entonces se la arrebató y la tiró al suelo y entendí que era por otra cosa. ¡Los hombres no juegan con muñecas!, gritó, como cuando yo intentaba treparme a un árbol o saltar encima de la cama y me gritaba, furioso: ¡Las niñas no hacen eso!

Tomé la muñeca del suelo y recordé la mañana que papá la acomodó en mis manos y se quedó mirándome, contento, mientras yo la abrazaba y besaba. No recordaba mucho de mi infancia, pero estaba segura de que había sido una niña obediente y educada, como quería papá. Mi hermano era parecido a mí a esa edad: obediente, educado, respetuoso. Nunca rompía nada y hasta guardaba los juguetes al terminar de usarlos. No entendí por qué papá se había molestado con él. Pero yo nunca entendía nada, por más que me esforzaba.



La segunda vez que papá vio a mi hermano con la muñeca perdió el control. Lo agarró por un brazo y lo sacudió de un lado a otro, como si intentara despertarlo de un horrible sueño. Luego se quitó su grueso cinto de cuero y lo azotó, al tiempo que le gritaba y lo reprendía. Hasta ese entonces nunca le había gritado ni golpeado. Solo a veces le daba golpecitos en los hombros y le preguntaba cuántas novias tenía en la escuela.

Mamá siempre evitaba discutir con papá, pero esta vez intervino. Le dijo que si al niño le gustaba jugar con muñecas debían permitirselo, que la felicidad carecía de género. Mamá había leído mucho y conocía palabras lindas y alegres, pero papá casi nunca la dejaba hablar. Y esa vez no fue diferente. La agarró por el cuello y la hizo callar. ¡Mi hijo no va a jugar con muñecas!, gritó, y yo pensé que era porque mi hermano recién cumplía seis años y estaba muy grande para eso. Pero yo era una niña grande, con once años y siete meses cumplidos, y tampoco me dejaba jugar a la pelota. No sé. No entendía.

De todas formas me asusté y corrí hacia mi cama. Cada vez que papá tomaba a mamá por el cuello y la golpeaba entre gritos y ofensas, corría hacia mi habitación y metía la cabeza debajo de la almohada. Nunca me acostumbraba. Todas las semanas lo mismo, pero nunca me acostumbraba. Podía contar los minutos que demoraba todo. Entre diez y treinta. Aunque a veces eran más.

Mi hermano, sin embargo, no se asustaba, no lloraba ni escondía la cabeza debajo de la almohada. Permanecía ajeno a los gritos y los golpes, como si no sucediera nada alrededor. Esta vez, a pesar del regaño, tampoco reaccionó (quizá porque papá le había repetido miles de veces que los niños no lloran). Entró en la habitación mientras papá continuaba golpeando a mamá y se acostó en la cama, en silencio. Quizá ya se había acostumbrado.



No lo recuerdo bien, o no estoy segura, pero creo que papá comenzó a golpear a mamá después que me regaló la muñeca. Tienes que dejar el trabajo, le dijo, una mujer debe estar en la casa, cuidando a sus hijos, preparando la comida del esposo. A mamá le gustaba trabajar, pero papá la agarró por el cuello y la golpeó hasta que no le quedó otra salida. A partir de entonces papá comenzó a gritarle a mamá todos los días. Ocasionalmente la agarraba por el cuello y la amenazaba con golpearla. Y muchas veces la golpeaba.

Con la llegada de mi hermano las peleas se espaciaron y yo hasta pensé que todo cambiaría, pero nada cambió. Los gritos y los golpes ya se habían transformado en una rutina que yo atenuaba cuando escondía la cabeza debajo de la almohada. Fue en ese tiempo que papá también empezó a gritarme. No le gustaba que me trepara en

los árboles, que saltara o bailara, ni mucho menos que jugara con una pelota. Yo dejé de hacerlo, pero igual continuó gritándome. ¿Cómo se comportan las niñas buenas?, preguntaba, agarrándome fuerte por un brazo y amenazándome con su cinto. Solo salen de casa para ir a la escuela y ayudan a mamá a limpiar y lavar, le respondía, temblando, y él me daba un beso en la frente o me palmeaba una mejilla. A mi hermano, sin embargo, le decía lo contrario. Abría la puerta y lo empujaba hacia la calle. Ve a jugar, sal a divertirte, le decía. Pero yo nunca entendía.



La tercera vez que papá sorprendió a mi hermano ni siquiera estaba jugando con la muñeca. Solo la había peinado un poco. Papá gritó como un demente, agarró a la muñeca y la hizo chocar contra la pared, la tiró en el suelo y la pisoteó varias veces. Luego agarró a mi hermano y se quitó el cinto. Mamá se interpuso de nuevo y amenazó con llamar a la policía. Todos los viernes amenazaba con llamar a la policía, pero esta vez logró hacerlo justo en el instante en que papá la agarraba por el cuello.

Mientras se lo llevaban, papá se disculpó con mamá, como siempre tras cada golpiza, pero ella no lo perdonó. A partir de entonces todo cambió. Fue como si de pronto se cerrara un abismo y pudiéramos salir a la superficie. Como si fuéramos libres. Como si ya no viviéramos dentro de una caja de cartón.

Desde aquel día mamá regresó al trabajo y papá nos visita los miércoles y los sábados. Ha cambiado mucho. Al menos ya no agarra a mamá por el cuello, ni nos grita, ni amenaza con su cinto de cuero. Pero el que más ha cambiado es mi hermano. Ya no juega conmigo y, si lo hace, olvida los juguetes tirados en el suelo. No sé si es algún cambio de la edad, pero se ha vuelto desobediente y a ratos grita y patea la pared sin motivos. Lo más extraño es que ya no juega con la muñeca. ¿Dónde está la muñeca?, le pregunté una vez. No sé, dijo, yo no juego con muñecas.

Ayer, sin embargo, mientras me trepaba en uno de los árboles del patio lo vi escondido detrás de la cerca. Tenía la muñeca en la mano derecha y un cinto en la mano izquierda. Antes la cargaba con delicadeza, pero

ahora la agarraba por el cuello. Antes la peinaba y besaba, pero ahora la azotaba con un cinto.

Lo miré por un rato, pero no entendí nada. No sé. Nunca entendía nada.



Monitoras

Liset Reyes Aldereguía

Una publicación en Instagram. Diez mil corazones en menos de 48 horas. Dos imágenes: tres mujeres, tres niñas. Las solicitudes de diversos periódicos tendremos al DM, furiosos por hacer eco a la noticia con nuevas declaraciones al respecto. En la primera foto luciremos muy contentas. Amigas sentadas en una cafetería. Tazas con café. Dulces. Miradas hacia cualquier parte excepto al lente. Una foto espontánea. Sonrisas. Tres estudiantes de educación primaria sosteniendo las mochilas, próximas a la salida de la escuela. Serias. Esas seremos en el segundo retrato. A continuación, varios párrafos contando nuestra historia. No aguardaremos la tendencia momentánea en una red social, sino la posibilidad de influir en otros. Otras. Una niña temerosa, quizás, tras la pantalla de un teléfono móvil. Responderemos a algunos periódicos para concertar sitio y horario de la entrevista.

Un adorno hecho con alambres, en el centro de la mesa. Servilletas. Cartulina con el menú. Bombón de cacao y maní para cada una, cortesía de la casa. Dos capuchinos y un expreso. Reencontrarnos será una buena decisión después de tantos años. Hablaremos sobre los proyectos a cumplir al finalizar la universidad, las tareas en el trabajo o las ingeniosidades de nuestros bebés, en correspondencia con lo vivido. También platicaremos sobre él, la parte más tensa de la charla. El silencio. La necesidad de que los demás conozcan. Un señor ubicado en la mesa contigua nos hará fotografías antes de marcharnos del café.

En los canales de televisión informarán acerca del accidente ocurrido en el kilómetro 26. Se tratará de un ómnibus impactado por un camión de carga de madera para la construcción. Ambos vehículos caídos por un puente. Terrible suceso. Más de treinta fallecidos. Entre ellos el profesor de Ciencias Naturales del colegio al que asistíamos cuando niñas. Llantos. Remembranzas de víctimas. Serán muchos los escritos respecto a la gran pérdida para la docencia del país.

Maestro de mérito. Colaborador de proyectos científicos. Redactor de materiales de consulta educativa. Nuestros excompañeros de aula compartirán en las redes sociales todos los recuerdos sobre él. A su memoria harán poemas que muchos niños declamarán en actos matutinos de la escuela primaria. También hará que nosotras revivamos nuestra experiencia. Acordaremos encontrarnos algún día las tres.

Será la última ocasión en que nos topemos en el colegio sin ignorarnos. Una pancarta en la pared con dos imágenes anatómicas será la figura constante en los pensamientos. La anatomía de la mujer, del hombre. Ovario. Útero. Endometrio. Los órganos masculinos más prominentes y arrugados. *¿Sabes lo que es un pene?* Esa interrogante estallando una y otra vez en nuestras cabecitas.

Querrá que lo llamemos por su nombre, Octavio. Octavio pedirá que tomemos asiento cerca del pizarrón. Hará unos dibujos extraños. Escribirá algunas palabras interconectadas. *Tú serás la responsable de los trabajos de biblioteca, tú del círculo de estudio y tú ayudarás en las clases*, nos dirá. Mostrará un cartel relacionado con la temática del día. Siluetas femenina y masculina. Pedirá que nos quitemos la ropa. *Los monitores deben saber más que los demás alumnos*, dirá mientras levante la comisura en una discreta sonrisa. Explicará las funciones de cada órgano a la vez que nos toque, una por una, para que las demás comprendan. Luego exigirá que nos palpemos entre nosotras. Senos. Vaginas. Para culminar mostrará su miembro. Alargado. Cubierto de vellos a diferencia de nosotras. Pedirá que lo acariciemos con las manos, con los labios. Las monitoras seremos obedientes como siempre hemos sido en las actividades escolares. *Ya saben lo que es un pene*, comentará.

Él impartirá la clase sobre el sistema reproductor. Veinte estudiantes integrarán nuestro grupo. Tercero B. Nosotras nos destacaremos en las preguntas de retroalimentación luego de cada aspecto desglosado en la materia. Siempre hemos sido aventajadas. Por eso nos seleccionará como monitoras de la asignatura, para apoyar a los compañeros en el estudio y los trabajos independientes. El maestro pedirá que al culminar el día nos reunamos en el aula para explicarnos sobre las principales tareas a desempeñar por las tres.

Empezará la semana con cambios en la escuela. Bajas de educadores por retiro y llegada de otros nuevos. El director hará la presentación del profe de Ciencias Naturales. Estaremos tristes porque el maestro anterior era estupendo, aunque un poco desorientado, tal vez por la edad. El profe nuevo se llamará Octavio. No será tan viejo como el

que teníamos, pero tampoco tan joven. *Es muy bueno*, dirá el director. Todos en Tercero B aplaudirán, incluso nosotras. Octavio es muy bueno, repetirá antes de alejarse del aula.



Anónima

Armando Antonio Ochoa Pérez

Lucía me despierta con un pellizco en la nariz y luego me dice que la profesora me busca. Descalza y aún soñolienta, salgo del cuarto y camino hasta la sala. La veo en el umbral de la puerta, orlada por la luz matinal como si fuese una santa. Parece que te desperté, dice ella, mientras yo sonrío avergonzada y me enjugo los ojos con el dorso de la mano. Debí, al menos, lavarme la cara, pienso. Pero ya no tiene caso volver, así que hago algunos gestos apresurados para ocultar mi desaliño, y como la profesora sigue inmóvil en la puerta, la invito a pasar. Ella da unos pasos cautos, se acerca y me abraza.

Al principio no entiendo, permanezco con los brazos inertes junto al cuerpo, hasta que la escucho decir felicidades, y entonces pienso que la profesora se ha confundido o que diciembre ha llegado de golpe. De cualquier manera, le devuelvo el abrazo y, como si intentara recobrar el sueño, acomodo la cabeza en su pecho, que huele a bloqueador solar y a suavizante de ropa. Podría permanecer así mucho tiempo. Pero los sitios acogedores son siempre perecederos. La profesora se separa de mí, me agarra por los hombros y me dice que he obtenido la beca. Esta vez soy yo la que inicia el abrazo, aún sin estar convencida de si es cierto lo de la beca; la abrazo solo por el sosiego que me produce su cercanía. Luego escucho cómo susurra frases alentadoras a la par que me acaricia el pelo. Y comienzo a reír, a musitar desconcertada con esa misma voz nasal que me queda luego de un ataque de alergia. Incluso damos unos salticos precarios sin separarnos, la profe y yo, igual que dos niñas pequeñas. En medio de este júbilo momentáneo aparece Lucía en la sala, me toca la frente con un dedo y nos recuerda que debemos hablar en voz baja porque mi padre duerme. La profesora me mira ladeando la cabeza, veo en sus ojos que intenta serenarme tácitamente. Pronto recobramos cierta sobriedad y la sensación de placidez comienza a esfumarse tan veloz como ha llegado.

Lucía sigue en la sala, mirándonos intrigada, con las manos ocultas en la espalda. ¿Quiere café, profesora?, dice de repente mi hermana.

Ya he tomado, gracias, Lu, declina cortésmente la profesora; antes de despedirse, me pide que pase por su casa más tarde. La veo alejarse por el camino adoquinado del jardín y luego detenerse en la portería, donde abre su sombrilla con un gesto delicado, para luego echar a andar por la calle polvorienta como si se tratara de la rivera del Támesis. ¿Qué pasó, Nana?, me pregunta Lucía. ¿Por qué estaban brincando como dos guanajas? Luego te explico, le digo.

Vuelvo al cuarto. Arrellenada de nuevo en la cama reviso mi e-mail en el móvil. En la bandeja de entrada veo el correo de la Academia de Cine. Felicitaciones, ha sido seleccionada para ingresar en nuestra facultad... Aún me parece una broma. Me inscribí creyendo que no sería elegida. Y ahora resulta que lo he conseguido... Me siento como uno de esos perros del barrio que persiguen automóviles y luego cuando los alcanzan no saben qué hacer. Cierro el correo y veo, como en una ráfaga, las fotos de mamá en la galería de imágenes. Mi dedo se detiene en una de las últimas: estamos las tres en un pequeño bote del parque de diversiones. Recuerdo que ella, mamá, tenía un moretón encima del pómulo aquel día. Aunque lo disimuló prolijamente con el maquillaje, yo me percaté enseguida, porque ella nunca se pintaba una sombra tan amplia. ¿Cuántas veces uno podría golpearse con el mismo trapeador? Pero aun así sonreía en la foto. No permitió que aquel día se arruinara. Es curioso, y casi patético, cómo uno solo reconoce un instante feliz desde la posteridad. Si uno lo hubiese sabido allí, en aquel momento, tal vez se habría detenido a vivirlo más. No la culpo por irse. Ahora que tengo la beca, yo me iré también. Solo quisiera no parecerme tanto a ella, no recordársela tan a menudo a nuestro padre. Odio que seamos tres piezas de la misma mujer. Y ahora, desde la distancia, creo que también nos parecemos en la manera de percibir las cosas. A ella este pueblo siempre le resultó arcaico. Mamá decía que en este pueblo las mujeres perdían el nombre. Cuando nacían eran las hijas de algún Alberto. Luego se hacían novias de algún Juan. Más tarde se convertían en mujeres de algún Fernando. Y eran solo eso, la hija de alguien, la esposa del carnicero, la hermana del policía, la solterona, la vieja sola, la puta, la bruja...

Veo a Lucía entrar al cuarto con una taza de café. Dime cómo está esta vez, Nana, dice ella. Me siento en la cama y tomo la taza que mi hermana me ofrece con ademanes de servidumbre. Bebo un sorbo y degusto el café. Te has superado, exquisito, le digo. Espero que le guste a él, dice mi hermana. Entonces la miro, y es como si quisiera mirarla por siempre o como si nunca la hubiera visto. ¿Qué tengo?, dice ella. Nada, digo y me apuro el resto del café. Si quieres le llevo yo el café, le digo, pero no creo que despierte hasta el mediodía. Por favor, dice ella, llévalo tú. ¿Qué pasó?, le pregunto. Lucía baja la mirada, se sienta en la cama y luego se ovilla. Quedamos en silencio un

rato. Entonces dice: volvió a decirme que me parezco mamá. Pongo el café a un lado de la mesita, me acuesto a su lado e intento calmarla. Le digo que todo estará bien, que pronto se arreglará todo, y termino contándole sobre la beca. Entonces, me vas a dejar, dice ella espantada. Nunca, digo a la par que la abrazo.

Una vez que Lucía está más tranquila y se pone a ver una serie anime en la laptop, yo aprovecho para ducharme. En los escasos minutos que estoy bajo la llovizna tibia de la ducha, me asaltan todos los temores. Pero intento convencerme de que será lo mejor para ambas. Aunque no me lo perdonen. Aunque nos distancie irremisiblemente a los tres. Solíamos ser cuatro y míranos ahora. No permitiré que se repita con Lucía.

Salgo del baño apresurada, confiando en que las pastillas que disolví en la cerveza de mi padre la noche anterior lo mantendrán adormecido hasta el mediodía. Me visto con la ropa más sobria que tengo. Lucía me pregunta a dónde voy con el pelo aún mojado. Le digo que “vamos”, las dos, a la casa de la profesora. Y ella protesta, dice que quiere ver el final del capítulo. Pero la convengo de acompañarme con la promesa de comprarle una barrita de maní.

Caminamos con la vista en el suelo con tal de no tener que saludar a nadie. No necesitamos distracciones ahora. Así avanzamos seis cuadras. Le insisto a Lucía en lo de pasar desapercibidas. Pero ella quiere saludar amigos, acariciar perros, recoger piedras con formas singulares. Yo tiro de su brazo sin detenerme, casi remolcándola. La profesora, que había estado sentada en su portal, sale a encontrarnos en la calle cuando nos ve, y nos toma a cada una de la mano. Siento que las piernas se me van a quebrar. Las manos me sudan en abundancia y mi barbilla tiembla irremediablemente. Las cuadras parecen inmensas. A cada paso, la profesora me alienta a seguir, intenta tranquilizarme pasándome el brazo por encima del hombro. Ya no camino, floto sobre estas calles polvorientas y ahuecadas donde han quedado miles de mujeres sin nombre. Lucía pregunta confundida qué ocurre. Pero no hay tiempo de explicar nada porque hemos llegado finalmente al tosco edificio pintado de azul que tantas veces vimos con indiferencia. Y ya atravesamos la puerta tras la profesora. Lucía me hala la blusa y me recuerda que le debo una barrita de maní. Todos en la estación de policía nos miran.

Autorías

(por orden de aparición)

- **África queda muy lejos**
SOFÍA MIRAGAYA BACALLAO (La Habana, 2002). Estudiante de Periodismo en la Universidad de La Habana. Graduada del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”. Cuentos suyos aparecen en las antologías *Alta definición* (2020) y *Nudos* (2021).
- **Colmillos y monstruos**
MARÍA ALEJANDRA SANTOVENIA SARDÓN (La Habana, 1998). Escritora e Ingeniera Industrial. Autora de la novela *Ciudad Púrpura* (2021). Su cuento “El Mar Escarlata” fue publicado en la antología *Nudos* y otros se pueden encontrar en revistas digitales como *Calle B*, *Qubit 94* y *Ariete*.
- **Castillo de naipes**
CLAUDE NOGUERAS (La Habana, 1998). Premio de teatro La Edad de Oro (2021). Sus colaboraciones narrativas y teatrales aparecen en las revistas *Oopart*, *Poetómanos*, *Collhibrí* y *Herederos del Kaos*, así como la *Antología Pequeños Gigantes*, auspiciada por la Red de Escritores y Escénicas Potosí - Bolivia. Pertenece al Laboratorio de Escrituras “Encrucijada”.
- **Domingo**
LESLIE SALGADO ARZUAGA (Bayamo, 1981). Periodista, comunicadora y realizadora audiovisual. Cursa estudios de doctorado en la Universidad de Calgary, Canadá. Ha laborado como consultora o especialista de comunicación para diversos proyectos y organizaciones como la campaña Evolucionaria, UNESCO, Oxfam y la Organización Panamericana de la Salud.

- El afecto de los tíos
DENISSE HERNÁNDEZ DÍAZ (La Habana, 1990). Comunicadora social. Trabaja en el Instituto Cubano de Radio y Televisión. Es asistente de dirección, guionista y coguionista de programas culturales y ha ejercido la asistencia de dirección en videos clip, telefilmes juveniles y otros dramatizados para la televisión cubana.
- Revolución monosilábica
LUIS CARLOS ESPINOSA NÚÑEZ (La Habana, 1996). Especialista de Asuntos Humanitarios de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Obtuvo medalla de Plata en el festival nacional de artistas aficionados universitarios en 2016.
- Voces
CARLOS ALBERTO PÉREZ TRIANA (Pedro Betancourt, Matanzas, 1967). Narrador y poeta. Integrante y miembro fundador del Taller de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”. Sus obras han sido publicadas en diversos países como parte de antologías de concursos literarios.
- De niños y muñecas
JESÚS RABEIRO FRAGELA (Matanzas, 1978). Premio Farraluke de Literatura Erótica, 2006; premio Alfredo Torroella, 2006; premio Ernest Hemingway, 2007; premio Escrituras, 2010; premio Paco Mir de Narrativa, 2013; premio Lenguas, 2017.
- Monitoras
LISSET REYES ALDEREGUÍA (Yaguajay, Sancti Spíritus, 1998). Estomatóloga, poeta y narradora. Miembro del Laboratorio de Escrituras “Encrucijada”. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales.
- Anónima
ARMANDO OCHOA PÉREZ (Ciudad de Holguín, 1991). Licenciado en Ciencias de la Información. Egresado del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”. Obtuvo mención en el premio Galeano, 2019, y premio Carbono Alterado, 2021. Sus cuentos han aparecido en revistas y antologías en Argentina y Uruguay.

Del jurado (por orden alfabético)

Dazra Novak. Narradora y poeta cubana. Ha sido galardonada con premios como Pinos Nuevos, David, UNEAC de novela Cirilo Villaverde, entre otros. Dirige el Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”.

Elaine Vilar Madruga. Narradora, dramaturga y poeta cubana. Ha recibido en distintos géneros literarios premios nacionales e internacionales, entre ellos, Farraluke, Elsinor, Hermanos Loynaz, Calendario, Cálamo al mejor libro del año, etc. Coordina el Laboratorio de Escrituras “Encrucijada”.

Giulia Signori. Especialista en Comunicación para el Desarrollo en la Agencia Italiana de Cooperación para el Desarrollo (AICS) - Sede de La Habana.

Julio César González Pagés. Antropólogo e historiador, especialista en género y masculinidades, Oficial Nacional de Programas de la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE) en la Embajada de Suiza.

Silvia Fuligni. Oficial de programas en el sector de desarrollo económico y social y especialista de género en la Agencia Italiana de Cooperación para el Desarrollo (AICS) - Sede de La Habana.

Teresa Cárdenas Angulo. Narradora, guionista de televisión y trabajadora social cubana. Acreedora de premios como David, La Edad de Oro, Premio de la Crítica Literaria en dos ocasiones, Casa de las Américas e International Latino Book Award a la Mejor Novela de Ficción Histórica, entre otros.

Un proyecto de:

